

UNA VISITA DE GUY DE MAUPASSANT **por la Condesa de La Morinière de La Rochecantin**

14 de marzo.

El cielo tiene los tonos apagados y encantadores que las telas tienen en Tunez, bien porque hayan sido teñidas así, o bien porque el sol mediante la violencia de sus besos las haya suavizado y palidecido.

Encargo a Simeón, un pequeño sastre judío vestido como un inglés y cubriendo su cabeza con una especie de fez, que haga bordar para mí, entre sus correligionarios, una túnica como la que me había procurado antaño, muy semejante a una comprada por el Sr. de Maupassant.

Simeón, como siempre me habla del novelista, se acuerda de los menores detalles de la estancia que éste hizo en Tunicia.

Al escucharle, parece que fue ayer y no en 1889 cuando sirvió de cicerone a Maupassant.

Como él, a mí me gusta evocar la imagen del autor de *Bel Ami*, y siempre caminando fuimos desgranando el rosario de nuestros recuerdos.

El Sr. de Maupassant se creía marcado en la frente por el dedo del destino y con el objetivo de calmar sus humores negros, de apaciguar el asco por la humanidad que le subía desde su corazón a sus labios, para huir también de los importunos, se refugiaba en su pequeño barco que llevaba sabiamente el nombre de su obra maestra.

Izando las velas del *Bel Ami*, huía lejos del mundanal ruido para vivir la vida de los marinos sobre las azules olas de su bien amado Mediterráneo.

Despreocupadamente, indolente, navegaba día y noche no haciendo escala más que los puertos menos frecuentados, disfrutando con las tempestades y el viento que relajaban sus nervios y calmaban su fiebre.

Fue así como vino a Tunez a retirarse a un modesto apartamento en « La Marina », evitando el tumulto y la agitación de los hoteles para observar y estudiar las costumbres árabes.

Pero mantener de incógnito a un hombre célebre es una quimera.

Siendo su retirada rápidamente descubierta, debió resignarse a dejarse festejar. Incluso consintió en presidir varios banquetes en uno de los cuales tuvimos la ocasión de conocerle. Invitado a nuestra pequeña casa de campo, aceptó a pesar de su insociabilidad, y durante las horas demasiado cortas que permaneció bajo nuestro techo, con una franqueza encantadora y una espontaneidad que me conquistó más y mejor que su incomparable espíritu de conversador, me habló con toda confianza de los diablos negros que lo atormentaban.

Esta amable sencillez a la que yo no estaba acostumbrada hizo nacer entre nosotros una simpatía real y espontánea.

Jamás me había encontrado con el Sr. de Maupassant antes del 12 de enero de 1889 y cuando pensaba en el autor de esas páginas que me gustaba leer y releer, creía ver deslizarse ante mis ojos una sombra esbelta, elegante como el apellido que él tenía.

Para esta pequeña recepción se había convenido asistir en traje de campo y nuestro huésped llevaba un traje de color oscuro, pero una corbata y calcetines de un tono

demasiado violento que sus zapatos descubiertos dejaban ver, aportando una nota discordante a su vestimenta.

Como yo buscaba una frase de bienvenida, mi huésped se me adelantó diciéndome: « Me encuentro muy mal, Señora, tengo una irritante neuralgia, pero temo parecer descortés no acudiendo a su encantadora recepción. Se me ha prometido permitirme la hora de regreso a mi voluntad, ¿me lo permite usted también?»

Mientras intercambiábamos esas banalidades, observaba la pequeña estatura de Maupassant, la poca elegancia de su porte.

Esta impresión desfavorable se apagó enseguida ante la amabilidad que desplegó.

¡Qué encantadora elocuencia, qué riqueza de vocabulario cuando comparó Túnez con Argel!

Admitía todas sus preferencias por esta última ciudad « donde domina la nota blanca ». Y explicaba: « Todo es blanco en Argel, las murallas, los árabes y siento un placer, una monotonía en medio de esta blancura, mientras que Túnez no es más que la capital deslumbrante de Arlequín.»

Esta bonita comparación sirvió de tema a un artículo que Maupassant escribió sobre Túnez para *le Gaulois*.

Su mágica pluma supo plasmar de un modo inimitable las gracias de la ciudad del lago Bahira, recordando que los árabes, en su poético lenguaje, la comparan con un « albornoz extendido en el suelo.»

Y el novelista se dedicó complacientemente a describir las bellezas de esta ciudad a la que declaraba la más atractiva del continente africano. Sin duda olvidaba voluntariamente, como para agradecer a los habitantes su acogida, a la que había halagado al principio, la querida de su corazón: ¡Argel la suave!

Agotado ese tema, Maupassant se puso a hablar abundantemente, eligiendo él mismo las cuestiones a discutir.

Y como para excusarse por ello, alegaba este axioma que muchos deberían poner en práctica: « Nunca hablo más que de cosas que sé », luego cambiando de tema añadió: « Profeso horror por el teatro y solo me dejo caer en él bajo las insistentes presiones de un colega y para aplaudir su obra.

Huyo igualmente de la ópera. La música, para mí, es carta cerrada, el ruido de los instrumentos no es del agrado de mi oído, lo cansa. »

Maupassant se calumniaba; esa naturaleza de artista estaba admirablemente dotado para que su alma permaneciese insensible a sus acentos.

Creo más bien que temía la emoción porque ésta le producía una sobreaguda sensación de neurosis y pánico.

¿No es lo que ha expresado en este pasaje de *Fort comme la mort* como encuentra, naturalmente, su lugar aquí?:

...«después de un corto y profundo silencio, surgieron las primeras notas de la sinfonía, llenando la sala con el invisible e incontrastable misterio de la música que penetra en los

cuerpos, enloquece los nervios y llena el alma de fiebre poética y material, mezclando en el aire límpido que se respira una onda sonora que se escucha. »

El tema favorito del novelista, el que le apasionaba era la medicina. La había estudiado particularmente y se interesaba sobre todo en los efectos de la morfina y la antipirina sobre el organismo.

«Considero la antipirina como el más peligroso de los remedios – decía – pues es lo único que actúa directamente sobre algunos nervios de nuestra caja pensante: los paraliza.

La más pequeña dosis trastorna mi cerebro y los días en los que me absorbe, mis ideas se diluyen y bajo mi pluma las palabras se mezclan ».

Esta fiebre, este pánico de los nervios, este agotamiento progresivo de su cerebro, era combatido por el admirable escritor mediante estimulantes y soporíferos, que iban a minarle poco a poco y a precipitarle en el abismo final.

Y abandonándonos, nuestro huésped nos prometió regresar el año siguiente por la misma época.

Por desgracia el hombre propone y Dios dispone; Maupassant no regresó jamás.

La añoranza con la que se lamentaba y que con demasiada facilidad no se le tomaba en serio, acabo por desembocar en su internamiento en la residencia sanitaria del doctor Blanche el 30 de diciembre de 1892.

Un amigo fiel lo acompañó hasta allí y mediante su diligente solicitud le dulcificó la experiencia. Viendo los objetos que lo rodeaban, el enfermo acordándose de que ya había estado en aquel asilo de muerte, esbozó una pálida sonrisa y fijando su mirada expresando más irónica resignación que rechazo, parecía decir: «¡Esto es fatalidad, después de mi hermano me toca a mí!»

Y resignado, sin lucha, consintió en permanecer solo en ese asilo donde vino la muerte a liberarlo de sus sufrimientos, el 6 de junio de 1893.

Capítulo extraído del libro *Croisières en Adriatique & Méditerranée*. Condesa de La Morinière de la Rochecantin. Émile Paul Editor. Paris. 1907 (páginas 424 a 426)

Traducción de José M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>